

que los límites entre lo que leemos los más jóvenes y los mayores tienden a difuminarse, pues desde las épocas más remotas de nuestra historia, sin importar nuestra edad o nuestros entornos, todos nos hemos sentido fascinados por la magia de las canciones y de los cuentos.

Que el encuentro con la nube que avanza sobre el arroyo seco de Santa Rosa, las dos gaviotas «blancas como un pañuelo» y el agua tranquila del espejo de un cuarto de hotel no dejen de ser lugares fértiles y luminosos para todos los lectores que el día de hoy o el de mañana acudan a la obra de Salvador Gallardo Topete, el hijo.



Fuentes

Gallardo Topete, Salvador, *Estancias del sueño*, Ediciones Sin Nombre-Universidad Autónoma de Aguascalientes, aguascalientes, 2010. Gallardo Topete, Salvador, el hijo, *Una nube, dos gaviotas y un espejo de la tarde* (ilustraciones de Eduardo Cruz), Instituto Cultural de Aguascalientes, Aguascalientes, 2021.

LOS CUENTOS DE ANTÍGONA

Relatos y ausencias

Beatriz Elizabeth Soto Bañuelos



Los Cuentos
de Antígona

La redacción de este texto se cruzó con la lectura que hacía de *Feminismo sin cuarto propio* de Dalhia de la Cerda. La coincidencia no pudo ser más afortunada. Dicho ensayo emula *Un zulo propio* de Itziar Ziga. La reflexión de Dalhia de la Cerda parte de matices necesarios en la interpretación de *Un cuarto propio* de Virginia Woolf en el cual se afirma que para que una mujer escriba requiere, nada más, un cuarto propio, esto es, un espacio de independencia y autonomía; claro que es fácil tenerlo si se tienen los medios económicos; sin embargo, hay quienes no tienen el privilegio del espacio, de la economía ni del tiempo. De ahí las consideraciones de Dalhia de la Cerda para hablar de la escritura como un acto de rebeldía en sí mismo, sobre todo para quienes carecen de todo: ellas escriben desde el zulo, que es, según la definición que rescata la autora, un agujero o un escondite o un recinto clandestino. No puedo menos que relacionar ese zulo como el espacio, el tiempo e incluso el motivo desde el cual se escribieron estos relatos que sorprenden por la variedad de voces narrativas.

Hay autores que sostienen que las mujeres tienden al tono personal, a la confesión, a la denominada escritura del yo. Es grato leer que los textos que integran este volumen no cumplen con este requisito y aun así se perciben personales. La reflexión también está ahí, latente en cada historia, incluso en aquellas que usan la metáfora como es el

caso del relato del changuito o de la princesa en un calabozo; o bien se aplica la analogía para hablar de reyes y castillos; incluso cuando se refieren casas embrujadas hay un dejo de introspección.

Algunos de los relatos tienen como punto de encuentro la familia como núcleo de la felicidad, la cual, en honor a su nombre, es pereña y frágil. Una vez que uno de los miembros deja de participar de esta comunidad se rompe la burbuja y el conflicto aparece. Los textos refieren padres y parejas alcohólicas, agresivas; narran sus abusos o de la doble vida que llevan. En contraste, las mujeres, a pesar de ser violentadas, engañadas, humilladas, salen adelante.

Si consideráramos el violentómetro (que va de bromas hirientes hasta feminicidio) para medir las narraciones, nos encontraríamos con que la mayoría de los relatos están en un punto de esta media. Si vamos al metarelato del libro, la cárcel misma está constituida desde la violencia. El encierro con personas desconocidas, la convivencia con ellas, la falta de privacidad, la rutina, lastima de a poco a las reclusas. Algunas narran los gritos y los llantos que persisten durante todo el día.

Hay dos relatos que de manera particular me estremecieron y que son narrados desde la muerte, ambos describen feminicidio por/con violencia sexual. Son narraciones dolorosas porque se espera que la tortura termine y ellas queden con vida; duele leer la indiferencia con la que esos hombres tratan el cuerpo de esas mujeres. Pesa también que las narradoras acepten que fue su confianza la que las llevó a ese auto hotel y a esa fiesta. No se puede, no se debería vivir con miedo.

Debo señalar que *Los cuentos de Antígona* carece de detalles sobre su elaboración. Si bien hay una presentación de Sonia Ibarra, quien explica *grosso modo* la dinámica del taller de escritura creativa de donde salen estos veintinueve relatos, se extraña la voz de Tomy Delgado acerca de los cincuenta linóleos, de los cuales, fácil notarlos, solo cinco fueron elaborados por las autoras de los textos. Tan valioso es el trabajo de las mujeres internas en los centros de reinserción social como de quienes organizaron un proyecto dirigido a ellas. La información que falta fue compartida en el muro de Facebook del Museograbado que precisa que se impartieron dos talleres, uno de escritura creativa y otro de gráfica no tóxica; se señala, además, que los monitores fueron Sonia Ibarra Valdez, Rito Espinoza y Alfredo López, con la coordinación de Tomasa Delgado Flores, quien fue la beneficiaria de la convocatoria PADID 2021. Estos referentes son importantes para dar cuenta de lo que no está en el libro, pues de lo que sí está se puede revisar.

Ausentes, en cierto modo, son las autoras directas: no están Laura, ni Alejandra, ni S. M. C. C., ni Sara, ni Kira, ni G. M. H., ni Reyna, ni Katerin, ni T. Z., ni Clara, ni Mayra, ni M. J. S. S., ni María, ni El Chango, ni W. M. S. R., ni Sandra, ni Mariela, ni Fabby, ni D. H. D., ni Rosa, ni Xóchitl, ni J. Ll. S. A., ni Claudia, ni Arely, ni Gorety, ni Yazmín, ni M. L. J. M. S. y R., ni Georgina, ni Baguira, ni M. G. R. R., ni Santa, ni Natalia, ni Alondra, ni Karoly, ni Paula, ni Anónima, ni Patsy, ni Lourdes, ni Janeth, ni Esther, ni Verónica. Es importante nombrarlas porque aceptaron el reto de la palabra, de la expresión, de la publicación.

Lean, comenten, disfruten *Los cuentos de Antígona*.

